



YO, GOYO

*Texto por Pelayo de las Heras
Fotografías por Lia F. Logilde*

Aunque apenas hay luz, su abrigo de plumas refleja el brillo mate que logra colarse entre los papeles de suave color marrón que cubren los escaparates. El local, aunque vacío, cuenta aún con restos de su antigua vitalidad, como un lugar de cultos abandonado: hay pósters, hojas de catálogos comerciales e incluso cajas dispersas esta lo largo de los poco más de cien metros cuadrados que ocupa esta antigua tienda. Algunos electrodomésticos en el barrio de El Llano. Algunos aparatos están manifiestamente obsoletos: los cables, los expositores, los televisores de culo cuadrado, pero un calendario marca la fecha exacta bajo dos caracteres asiáticos: es el año 2022.

Gregorio «Goyo» Ramos Pérez nació a mitad del siglo XX en un pequeño pueblo de León cercano a Santa María del Páramo. Rechaza, no obstante, señalar la fecha y el lugar concretos. «No soy tan mayor», señala en dos ocasiones. Dubitativo, no cesa de colocar la goma de la mascarilla tras la oreja. Su vida, según sostiene,

Gregorio 'Goyo' Ramos Pérez nació a mitad del siglo XX en un pequeño pueblo de León cercano a Santa María del Páramo. Rechaza, no obstante, señalar la fecha y el lugar concretos. «No soy tan mayor», recalcará hasta en dos ocasiones. Su historia no es extraña: es la del hombre que ha quedado eclipsado por la figura que él mismo ha ayudado a construir. En Gijón, donde reside desde hace décadas, cada concierto ofrecido por Goyo Ramos se torna en un pequeño evento de culto. Hasta la llegada de las restricciones sanitarias, y contratado por el propio Ayuntamiento, el cantante leonés actuaba en el centro de la ciudad cada año durante la principal festividad local. Entonces, el heterogéneo público se aglutinaba siempre alrededor del escenario, dificultando el paso de los ciudadanos que caminaban junto al quiosco musical del Paseo de Begoña: góticos, mods, divas del trap e intelectuales de toda calaña coincidían frente a una actuación que para los profanos despierta un entusiasmo excesivo. Hoy, Goyo constituye una especie exótica dentro del panorama cultural: la de la estrella castiza underground.

Dubitativo, Goyo no cesa de ajustarse la goma de la mascarilla tras la oreja. Su vida, según sostiene, es un tiovivo de empleos y pareceres: Goyo Ramos ha sido soldador como oficial de primera y segunda, ingeniero, estudiante -«de sobresaliente», defiende- de telecomunicaciones y hos-

telero. Incluso jugador de fútbol. «El Real Madrid B me quería fichar porque Amancio (Amaro) estaba un poco bajo de forma. A Goyo hay que cubrirlo como sea, decían. A veces se enfadaban entre los defensas porque no podían pararme. Pero sé jugar, ¿acaso voy a dejarlo por eso?», explica de carrerilla. No es su único mérito deportivo. En la mili, según defiende, superó con facilidad los 100 metros lisos, los 400 metros valla y los 800 metros lisos. Allí es también donde aprobó con sobrada excelencia un examen de gran dificultad. «El único entre dos mil personas», dice con evidente orgullo. Sus carrillos parecen hincharse al hablar de sus hitos y, sin embargo, esta larga lista de méritos nunca consiguió eclipsar su verdadera pasión: la música.

«No he triunfado porque no he querido, pero yo tuve las puertas abiertas», explica el cantante leonés. Goyo, que entonces tenía el cabello negro, ha cambiado considerablemente: a pesar de defender su juventud, las arrugas pesan en su rostro y los movimientos son pausados. Las manos, rígidas como los gestos de un camaleón, solo aparecen a intervalos desde su escondite bajo la mesa. Hoy, su pelo refleja un color rubio gastado por el paso del tiempo. Su estilo, en cambio, es similar: cuando se levanta y quita la chaqueta, un jersey de color trigo aparece sobre unos pantalones de pana color ocre. Repasa, poco a poco, los primeros pasos de su carrera musi-



cal: su primera actuación en una discoteca de Tapia de Casariego, sus supuestos encuentros con Alfonso Arús y entonces en Cadena 100, ahora en Aruseros, en La Sexta y sus rifirrafes con la que entonces consideraba su mánager, que prefiere mantener en el anonimato. «Me ofrecieron grabar un disco nacional e internacional, pero había unas condiciones que tenía que aceptar para grabar el disco», explica. No obstante, mantiene la confidencialidad del aparente acuerdo. «No puedo contarlas», señala, y un velo de solemnidad recubre su rostro en ese mismo instante, como si su memoria hubiese sido agujoneada brevemente en el barrio de El Llano. Algunos aparatos son manifiestamente antiguos -los cables, los expositores, los televisores de culo cuadrado-, pero un calendario marca la fecha exacta bajo dos caracteres asiáticos: es el año 2022.

Gregorio «Goyo» Ramos Pérez nació a mitad del siglo XX en un pequeño pueblo de León cercano a Santa María del Páramo. Rechaza, no obstante, señalar la fecha y el lugar concretos. «No soy tan mayor», señala en dos ocasiones. Dubitativo, no cesa de colocar la goma de la mascarilla tras

cal: su primera actuación en una discoteca de Tapia de Casariego, sus supuestos encuentros con Alfonso Arús y entonces en Cadena 100, ahora en Aruseros, en La Sexta y sus rifirrafes con la que entonces consideraba su mánager, que prefiere mantener en el anonimato. «Me ofrecieron grabar un disco nacional e internacional, pero había unas condiciones que tenía que aceptar para grabar el disco», explica. No obstante, mantiene la confidencialidad del aparente acuerdo. «No puedo contarlas», señala, y un velo de solemnidad recubre su rostro en ese mismo instante, como si su memoria hubiese sido agujoneada brevemente en el barrio de El Llano. Algunos aparatos son manifiestamente antiguos -los cables, los expositores, los televisores de culo cuadrado-, pero un calendario marca la fecha exacta bajo dos caracteres asiáticos: es el año 2022.

Gregorio «Goyo» Ramos Pérez nació a mitad del siglo XX en un pequeño pueblo de León cercano a Santa María del Páramo. Rechaza, no obstante, señalar la fecha y el lugar concretos. «No soy tan mayor», señala en dos ocasiones. Dubitativo, no cesa de colocar la goma de la mascarilla tras

Cuando menciona que algunas de sus canciones fueron escogidas como canción del verano en Gijón, en cambio, titubea: puede que sí le hubiera atraído la fama. Son que 'Ay, Micaela' y 'Tocando palmitas con las pel manos' sus canciones más preciadas. Tal cub como reza la última canción, semifinalista en un concurso de maquetas de Radio Asturias hace dos décadas -recalca-, «va un lmos soñando sin saber por qué». Y Goyo continúa: «Soy famoso en toda España», mer defiende. Y, aunque dice no estar al nivel de artistas como Raphael o Julio Iglesias, su fama también parece ser internacional. «Me lo conocen de países como Holanda, Reino Unido, Alemania, Francia, Australia... Alguno incluso me conocen en África. Descargan tam mis vídeos y me mandan mensajes con expellos». res, los televisores de culo cuadrado-, pero un calendario Aasu a pesar, obligado por la irrupción del coronavirus; su actividad ha cesado, pero, en cierto modo, esto también le ha ofrecido una oportunidad para reinventarse a sí mismo. «He empezado a naci estudiar medicina natural. Me valió para peq mucho; para saber qué es lo que hay que a Sa comer, cuáles son los peligros de los aliza, mentos, cómo se hacen los tratamientos y el o cómo se contagia la gente. Incluso los ma efectos secundarios de la vacuna. Tendrían nes que avisar de esto, hay gente que ha muer car to por la vacuna. Murió un militar», relata. la o Goyo niega la etiqueta de antivacunas con es u una vehemente retahíla de npos. e- ceres: Goyo Ramos ha sido soldad Ahora, parece evidente el hecho de que segunda, ingeniero, estudiante

rático, tan quieto durante toda la entrevista como una estatua. Sentado en una silla plegable, y frente a una delgada mesa de madera, apenas se ha movido en ningún momento. Su pelo, con una raya al medio similar a la de Scott Fitzgerald pero despeinado como un pequeño nido, ya no brilla. Una ventana batiente deja entrar el ruido de la calle: los coches, las voces de los niños y los pasos se superponen ahora con mayor intensidad. Responde con celeridad a la pregunta sobre su estilo: él hace música pop. Un segundo más tarde, se corrige, inquieto. «El otro día, en el Bar Páramo, un fans me dijo algo interesante. Me explicó que yo era el último yeyé de España».

Gregorio «Goyo» Ramos Pérez nació a mitad del siglo XX en un pequeño pueblo de León cercano a Santa María del Páramo. Rechaza, no obstante, señalar la fecha y el lugar concretos. «No soy tan mayor», señala en dos ocasiones. Dubitativo, no cesa de colocar la goma de la mascarilla tras

